

LUPERON EN LA HISTORIA DOMINICANA

Por Rufino Martínez ()*

No se desarrolla un acontecimiento social ligado a los altos destinos de una nación, sin producir una individualidad enteramente desenvuelta o en estado de desenvolvimiento que, más adelante, como final resultado del impulso generador, ha de alcanzar la total plenitud. Tales productos o concreciones, no son, ni pueden ser, un amasijo de elementos ajenos al medio y de valor particular, sino una suma de cuantas virtudes y deficiencias constituyen la trama compleja del carácter de la sociedad, emanada naturalmente de la concurrencia de factores de orden mesológicos, étnicos y educacionales. Hay por eso en quienes surgen con dicho natural privilegio de selección, una ciega tendencia a concebir con espíritu absolutista la marcha de la cosa pública, no significando esto la falsa generalización de que los espíritus absolutistas pertenecen a aquella clase de hombres.

La Independencia y la Restauración son los acontecimientos de mayor trascendencia en nuestra vida histórica. La Independencia, de haber sido un paso único sin necesidad de consiguientes luchas guerreras para estabilizar la nacionalidad recién fundada, habría dado de entre sus creadores, los Padres de la Patria los primeros, sabe Dios qué individualidad. Pero fue la fundación de la República nada más que el acto inicial de una serie de sucesos al través de los cuales debía producirse la clase de personaje a que estoy aludiendo, llamado comunmente el hombre de una época. El de aquella lo fue Pedro Santana. No era el mejor, pero sí el primero, el de más alta estatura entre quienes se movían en el escenario, acaso porque poseía el mayor grado de aptitud para dirigir la clase de actividad en la cual se vinculaba la existencia de la República.

(*) Premiado en el Certamen Literario organizado por la Comisión Nacional del Centenario de la Restauración de la República.



Termina la Primera República, y con ella el que ha sido su hombre. Mientras él lo fue, otro no pudo suplantarle, aun cuando no faltó el propósito de hacerlo y hubo acción en tal sentido. Como no era un valor cualquiera, empinado circunstancialmente, sino una unidad de valor intrínseco, pasada por el crisol de la realidad y con más de ella que ningún otro, no era sustituible ventajosamente sino cuando terminara la trayectoria de su ciclo de acción social.

Sucede la Anexión a España, y por necesidad defensiva y conservadora del organismo social se engendra un nuevo acontecimiento de proporciones y consecuencias trascendentales: la guerra libertadora de la Restauración. Se produce otra individualidad: Gregorio Luperón. No salió de esa jornada de dos años cabalmente desarrollado, pero sí en estado de desenvolvimiento activo, estimulado por la dramática vida que se vivió terminada la lucha restauradora. Se va a cumplir el 16 de agosto del corriente año el siglo del inicio formal de esa revolución, donde recibió su primera moldeación e impulso el espíritu más extraordinario nacido en el suelo dominicano. Individualidad que ofrece el mayor grado de vigor puesto al servicio de un ideal entre todos los personajes nacionales. Antes de decir cómo era y en qué sentido supera a todos los demás, procede exponer lo que fue la Restauración, y cómo está bien al carácter social de ella haber aportado la primera individualidad dominicana, hija auténtica de nuestra prevaleciente actividad.

En estado informe el sentido de la nacionalidad, a pesar de los doce años de lucha heroica que afianzaron la soberanía nacional durante la Primera República, no hubo necesidad de amordazar al pueblo para conducirlo al renunciamiento voluntario de su libertad. Indudablemente, él mismo ignoraba todavía el valor de la libertad, y la concebía como un medio de vivir sin trabas, haciendo cada cual su gusto, mientras el gobierno, mirado a manera de amo, garantizara aquella rutinaria forma de vida. El grupo de hombres dominantes en la política era la confianza del pueblo, y cuantos pasos, acertados o errados diesen, se tenían por favorables a la salud pública. Fue en ese predicamento que encontró a la colectividad el hecho trascendente de la Anexión. La realizaron los hombres en cuyas actuaciones se tenía fe ciega, y por lo mismo no había que temer a nada ni



a nadie. El movimiento lo encabezaba Pedro Santana, que era como una carta a la cual se podía jugar el valor de la vida entera, seguro de ganar. Sin embargo, no fue unánime el sentimiento colectivo; hubo protestas que, como casos aislados o de excepción, semejaron voces clamando en el desierto. Voces gloriosas pero no aceptadas en el instante. Su honra y patriotismo les fue reconocido y conferido por las generaciones siguientes, conforme éstas aprendieron a ponderar el valor de los actos del hombre en la vida colectiva y en relación con la patria. En la prueba del bien esperado, el paso dado fue un estupendo fracaso para sus fautores, y el pueblo, que tan gustosamente los había respaldado, aceptando y disfrutando también los primeros beneficios traídos por el régimen, se hizo a un lado, y los abandonó, pero no de golpe y en masa, sino al compás de un lento primero, y luego progresivo y rápido despertar de la conciencia colectiva.

Estamos en presencia de un crítico y grave momento del pueblo dominicano, acaso el primero, luego de fundada la República. Abandonado a su propia suerte, es notable el gesto varonil con que se declara dueño de su destino, y va por sí solo, sin la guía, de sus dirigentes, a la conquista de su libertad. No es sino del pueblo de donde nacen todos los valores individuales e institucionales con que la sociedad se enorgullece y tiene en concepto de prendas constitutivas de su honra. Si dichos valores se pierden, por razones variables pero siempre de interés particular, nada más glorioso que contemplar cómo van surgiendo del seno fecundo de la colectividad los factores sustitutivos de lo perdido, con la virtud necesaria para restablecer el equilibrio demandado por el desenvolvimiento racional de la vida del ser social. La lección es halagadora, pues vemos cómo hay en el seno de la masa social una fuerza inmanente a cuyo influjo no se agotan las reservas de que siempre está necesitado el patriotismo nuestro, en medio de sus fluctuaciones. A la hora de la acción hubo, pues, que improvisar valores, y para ello trocar actividades o aptitudes. La cuna del movimiento fue el asoleado y fértil suelo del Cibao, que como el más criollo, debía ser el más sensible a los motivos de reacción. El machete de talar montes sirvió de arma blanca en manos del mismo agricultor; el zapatero se levantó del banco y dejó la lezna y la chaveta; el car-



pintero guardó el martillo y el serrucho; el albañil colgó la plana y la plomada; el sastre puso en una gaveta las tijeras, prendió la aguja y no encendió más la plancha; el platero cesó de labrar sortijas; el talabartero abandonó los patrones y la aguja; el peón arrinconó en la cocina pala, pico, azada, la coa y la mocha; el labrador de madera bruta guardó la azuela y la sierra; en los tejares se dejó sin tocar la arcilla, y no se prendieron más los hornos; los alambiques no destilaron más alcohol; y el recuero trocó el foete, llevado como bandolera, por el afilado machete. Junto con todos ellos corrió también a la manigua el mozo a quien el bailar a los acordes del cuatro se le había vuelto una pesadilla, por la inclinación preferente de las mujeres al oficial español de vistosas y brillantes charreteras. En los iniciales atrevimientos de sublevarse contra las autoridades españolas, el elemento de arraigo, el conservador, no dispuesto a arriesgar el disfrute de sus bienes ni a perder el sosiego de ellos y su familia, comentaba desfavorablemente en conversación privada la torpeza y locura de lanzarse a una lucha tan desigual contra las fuerzas españolas. Todos esos señores, ante la evidencia de una realidad no creída posible antes, pasarían a ser de los dirigentes del gobierno nacional nacido del triunfo inicial de los dominicanos. En sus pechos prendería el patriotismo no dejado primero asomar por la prudencia y el natural espíritu de conservación. Santiago de los Caballeros, escenario donde se asistió a toda esa transformación mirada al comienzo insignificante y convertida luego en una llama inextinguible para el poder exótico, sirvió de núcleo matriz a tan grandiosa empresa libertadora, e hizo más aun, convirtiéndose en el centro social que realizó la mayor aportación en material humano, sacrificios económicos y heroísmo para sacar triunfante el punto de partida, cuyo fracaso habría echado a perder la liberación de la patria. Pasó después esa ciudad a ser como la nodriza de la revolución libertadora, reteniendo con el asiento del gobierno la difícil función directriz de toda la campaña. Una anotación que no debe quedar fuera de cuanto se ha estado puntualizando, es el hecho de que la lucha puso a fermentar todo el heroísmo latente del dominicano, hijo por esa faz, del español. Y de entre toda aquella multitud anónima en su mayoría fueron surgiendo siluetas



que por natural selección tomaron más adelante la expresión definitiva de personalidades.

Porque fue el pueblo quien se conquistó su libertad, más consciente y dueño de sí que en el nacimiento de la República, en que el impulso libertador vino a él, debía dar, como dió, un producto superior al de la etapa de la Primera República. Concurren en ese producto, Gregorio Luperón, todos los caracteres propios y predominantes del suceso de la Restauración. Es del pueblo, no así comoquiera, sino de entre las más hondas raíces o baja capa social, propia del anonimismo, pero donde más natural e íntimamente se respira el alma nacional. Es una desventaja para abrirse paso y empinarse en el plano de las cosas altas, pero virtualmente tiene el incentivo de lo heroico, por la gran potencialidad de alma requerida para ir rompiendo los cercos de obstáculos plantados por los convencionalismos sociales. Una alma grande que rebasa las proporciones de las comunes en el intercambio diario de la existencia, se sustrae, para venir al mundo, de los encasillamientos artificiales hechos por el hombre en la vida social. Pero una vez venida al mundo de lo creado no se extingue sin llenar su cometido, que es un ignoto designio en elaboración lenta y misteriosa al través de generaciones. La naturaleza misma se encarga de ponerle a su alcance si no es garantía cierta de triunfo, si quien tiene los medios a su alcance no da de sí la potencialidad necesaria para imponerse a cuanto pueda obstar al logro de la finalidad, no siempre vista claramente, pero perseguida a estímulo de un impulso ideal conducente a la gloria, concebida vagamente primero, para luego, tras esfuerzos no comunes presentarla como un producto forjado o sacado afuera por el individuo.

El muchacho de la calle que no puede ir a la escuela porque sólo cuenta con el amparo de su madre, una mujer pobre cargada de hijos, por inclinación natural quiere aprender a leer, y aprende, hurtándole a su ocupación de vendedor ambulante de cosas menudas, ratos que la simpatía de un institutor inglés le quiere dedicar. El ambiente picaresco respirado por el muchacho que en una bandeja ofrece piñonates, es una franca puerta para entrar en la vida por el camino del vicio; para Gollito fue el medio de adquirir el primer recurso necesario al



desenvolvimiento de su vida. Tenía catorce años y no había hecho más que trabajar duramente. Era un precioso tiempo restado a la iluminación del espíritu dada por la instrucción, pero lo sacrificaba a la vida, que también es escuela, acaso la mejor forjadora de hombre, y recibía en retribución, o le quedaba en recompensa, un lote de energía potencial, que no más aguardaba el ideal como fuerza impulsora hacia las altas finalidades de la vida. No se sabe qué motivo tendría Pedro Eduardo Dubocq, un señor francés venido de las Antillas Menores, y capitán de artillería que fue en el ejército libertador del Norte en las campañas de la Independencia, para confiarle al adolescente Gregorio Luperón la dirección de los trabajos de corte de madera en Jamao, campo de Puerto Plata. Pero lo particular es que ello fue ocasión de nacerle alas al espíritu de Luperón, y, dueño de sí, poner la mirada en las alturas para que había nacido. Nadie le insinuó lecturas. En Jamao se halló con la biblioteca de Don Pedro, y se fue a los libros con la avidez propia de su prematura fogosidad temperamental. De allí salió con el espíritu iluminado. Prendida la llama del ideal, no se le apagó jamás, y al claror de ella fue poniendo paso ante paso camino del empinado sendero de la gloria. De no haber ocurrido el eclipse de la soberanía nacional y el movimiento libertador de la Restauración, no se hubiera producido el tipo que fue Gregorio Luperón. Con un alto concepto de la libertad y la noble inquietud de empinarse hasta la gloria, el acontecimiento de la Anexión a España se le hizo el tormento de su vida, vida todavía juvenil, abierta a las gratas frivolidades. Tal manera de abrazar una causa tan noble reflejaba su carácter. No estaba en su mano proceder con la calma y la serenidad de la templanza. Y en lo que ponía el espíritu, lo hacía con fogosidad; estaba hecho para ser obedecido, no para obedecer. . .

Es un desconocido en el escenario de sus primeros actos, la Línea Noroeste, pero ello no obsta para que a poco de estar en contacto con él, quede grabada imborrable su postura gallarda, y aun más que eso, sus palabras, gestos y hazañas fascinantes. Es manera única en todo el campo de la guerra. No necesita ser el primero en un campamento para que su voluntad impere, y a donde llega no es posible dejar de tenerle en cuenta; pasa instantáneamente a ser de los dirigentes y se le confiere mando;



cuando no, él se adelanta a tomarlo a la vista de un peligro por la acción del enemigo, y se le respeta o deja en libertad de actuar. ¿Cuál es la clave de esa acción preponderante? Es su espíritu. Estamos en presencia de un caso excepcional en todos los escenarios del suelo dominicano. Espíritus vigorosos los hubo a puñados, pero en Luperón hubo algo más, que fue una como virtud mágica para atraer a sí. Quien era así, debió de estar más propenso a las torpezas del atolondrado que al acierto de la serena ponderación de los hechos. Pero no; como más poseído de la grandiosidad de la causa, tenía la más iluminada conciencia en medio de aquel alborotado teatro. Por eso, donde se agotaba la acción de la espada y eran necesarios otros recursos para evitar el fracaso, él se adelantaba a improvisarlos, ya con la pluma, ya con el gesto tribunicio. Ido a la manigua antes del grito inicial de Capotillo, tras un golpe de audacia en Sabaneta, se vió enteramente solo y tenazmente perseguido. Tuvo momentos de desesperación, propios de quien se mueve en suelo desconocido, y como determinación extrema emprendió éxodo hacia Puerto Plata. Allí no encontró asidero para la acción, y siguió hasta los campos de La Vega, que era precisamente la comarca del Cibao donde los españoles contaban con mayor simpatía. Conspira y se esfuerza en sonsacar personajes de valía para quienes él es un desconocido, sin autoridad social ni política.

Secundado el golpe de Capotillo, en campos de La Vega grupos encabezados por Dionisio Troncoso y los hermanos Abréu, ocultadores de Luperón, se pronunciaron y desconocieron la autoridad del gobernador Esteban Roca, que se retiró a Santo Domingo. Luperón no hizo más que alimentar el espíritu de insurrección. Pero dos o tres días después, cuando los patriotas tenían asediada la plaza de Santiago, se hizo acompañar de un edecán y fue a ocupar su puesto, que no era ninguno fijo sino cualquiera de vanguardia y de más peligro. Seguido ocupó la jefatura de un cantón de las afueras.

Otra vez, y la primera fue el 30 de marzo de 1844, se dan cita en el recinto urbano de Santiago de los Caballeros y sus alrededores, las huestes dominicanas de todo el Cibao, movidas al conjuro de un mismo ardor heroico. Allí están: de la Línea Noroeste, Gaspar Polanco, Benito Monción, Pedro Antonio Pimen-



tel, José Antonio Salcedo, Federico de Jesús García, Juan Antonio Polanco; de Moca, Manuel Rodríguez (a) El Chivo, Eloy Aybar, Juan de Jesús Salcedo; de La Vega, Marcos Trinidad, Francisco Suriel, Gregorio Luperón, y el norteamericano Arturo Lancaster; de Puerto Plata, Gregorio de Lora; y del mismo Santiago, José María Morel, Andrés Tolentino, Teodoro Gómez, los hermanos Fernández, de Puñal, los hermanos Almonte y Remigio Batista. . . La llegada de un tal Luperón a Arenoso es noticia que corre por los cantones. Por donde quiera se habla de su valor, lo que, unido al aire espectacular de su persona, despierta el deseo de conocerle. Alto de estatura, naturalmente garboso, jinete en caballo a gran alzada, se veía gigantesco e imponente, con algo más que los compañeros, cuando atravesaba o franqueaba los caminos. Pero aquella exterioridad se hacía realidad palpitante y viviente en cuanto alzaba la voz para dar órdenes o arengar a los patriotas, o pistola en mano se iba a la línea de fuego a ser el primero en el valor y en desafiar el peligro. Aun cuando en aquellos instantes la mayor virtud era el valor, valor brutal, él solo no podía ser prenda para colocarse un codo por encima de los compañeros. Ellos también eran valentísimos. . . Ocurrió el ataque a la fortaleza San Luis el 6 de septiembre, día el más memorable en toda la campaña del Cibao. El desenlace fue desfavorable a los dominicanos. En medio del desaliento general, se alzaba una voz alentadora y atrevida, y quien la daba inventaba motivos capaces de levantar los ánimos, arrogándose a la vez funciones directrices, puesto ciegamente el espíritu en el propósito de no dejar perder la obra. Apenas llevaba una semana de actor en aquel teatro, y los patriotas todos, y aun los españoles en parte le concedían un valor excepcional. El teniente coronel José Velasco, prisionero entre los patriotas y espectador de sus actos, en carta confidencial a sus compañeros así lo declara. Manuel Rodríguez (a) El Chivo, jefe de una guardia encargada de vigilar los heridos hospitalizados en la Iglesia Mayor, ha declarado que dentro de veinticuatro horas hará pasar a cuchillo a todos los heridos españoles, alrededor de doscientos. Un estado de consternación se apodera de los amenazados, y un oficial español, como solución desesperada, denuncia el caso por escrito a uno de los jefes patriotas, valiéndose de un expreso. De modo casual llega a manos de



Luperón la denuncia, e inmediatamente se hace seguir de un oficial a caballo. En presencia de Manuel Rodríguez, sin previa explicación, le ordena, en su tono fuerte e imperativo, hacer entrega del mando al oficial. Obedecido sin asomo de protesta, agrega: "Manuel Rodríguez: monte ese caballo, y sígame!". Camino del cantón general iba Luperón, y a la zaga Manuel Rodríguez, que fue entregado al jefe superior de operaciones con las explicaciones del caso.

Sucedió por esos días que, aunque el relato no lo dice, tuvo que ser el 6 de septiembre, en medio de un recio combate en plena calle, un general español desplegó su columna de modo de encerrar entre dos fuegos al grupo de patriotas comandados por Luperón. Este se dió cuenta a tiempo, y operó tan hábilmente que el envuelto lo fue el general español, que, herido, se batía con la legendaria bravura de su raza, exclamando fogosamente en medio de su escuadrón: *¡Viva la Reina! ¡Adelante!* Luperón a caballo se le acercó a intimarle la rendición, y, emocionado con el gesto del heroico soldado, como un homenaje de admiración le dijo: "General, no soy yo el héroe de esta acción: ¡es usted!". El español alzó la espada para herir, pero exagüe como estaba, se desplomó. Luperón le hizo conducir al hospital, reclamando para aquel héroe los mejores cuidados. Todo fue inútil, pues no tardó en morir.

A pesar de eso, en los instantes que reclaman la postura trágica, su mano dura, sin vacilación, da el golpe, y nada escrupuloso, sigue adelante, camino del fin perseguido. No bien se había hecho cargo del cantón de Mari López, por orden suya fueron pasados por las armas unos españoles junto con el práctico dominicano que los guiaba en la huída. Al abandonar los españoles la fortaleza San Luis el día trece de septiembre, acudió Luperón de los primeros a consumir esa cruel y nada heroica hostilización que hizo al ejército español, estorbado por la pesadumbre de una creciente impedimenta, ir señalando sus pasos dolorosos hacia Puerto Plata con un reguero de sangre. Aquello fue, sin embargo, un tributo reclamado por la libertad de la patria. Ya no hubo medio de conciliación, y entre el poder dominante y el pueblo dominicano se levantaba una barrera insalvable. Tan desastrosa retirada repercutió en todos los corazones españoles y dominicanos, produciendo sentimientos opues-



tos. Hasta para el mismo Pedro Santana era aquello una como revelación, de la cual se acordaría días después en Guanuma con orgullo de dominicano. Los transgresores de la ley, "enemigos de la propiedad y del sosiego de la familia dominicana", de quienes despectivamente hablaba el periódico LA RAZON, dirigido por Manuel de Jesús Galván en Santo Domingo, pasaban a la categoría de patriotas. . .

Fue un feliz acierto el escoger a Gregorio Luperón como Jefe Superior de las Operaciones que debían desarrollarse por el centro del territorio nacional, donde ya campaba el ejército español comandado por el gran Pedro Santana, salido de la Capital el siguiente día de instalado el gobierno dominicano en Santiago. Ese era el hombre para tal empresa, considerada en los primeros y difíciles momentos. Y era el jefe adecuado en razón de su dinamismo, amor al ejercicio de la guerra, carencia de aspiración en el escenario pacífico de la ciudad, su alta comprensión de la causa, y una inextinguible ambición de superarse cada día. Cuando camino de Monte Plata pisó la provincia de La Vega, se encontró allí con brotes de reacción.

Se anunciaba la próxima llegada de Pedro Santana, y el arraigado y favorable ambiente anexionista, aplazado momentáneamente, empezaba a cobrar bríos, poniendo duda en el éxito feliz de la campaña comenzada con tan buen pie. Un español dirigía aquel solapado movimiento, y sintiéndose Luperón cohibido para actuar conforme a la gravedad de la hora, ordenó el fusilamiento del español. Hubo vacilación en cumplir la orden, y estando en un tris de ser burlada, personalmente dirigió la ejecución. Todo cambió como por encanto. Levantó tropas y franqueó a poco el camino de Sillón de la Viuda. Ya Eusebio Manzueta en Yamasá se había adherido al movimiento restaurador, y no tardó en seguirle Marcos Evangelista Adón en La Victoria. Completaron el teatro de la guerra: Monte Plata, Los Llanos y Guerra. Fue el más vasto campo de acción en toda la guerra. El grueso del ejército español en las manos expertas de Pedro Santana, y luego de Abad Alfau, secundados por Juan Contreras y Juan Suero. Era un enemigo poderoso, aguerrido y denodado, contra el que sólo podían el valor, la osadía y la improvisada estrategia empírica del guerrillero criollo, contándose también con la cooperación de la naturaleza, que tanto nos ha ayudado



a los americanos a vencer a los enemigos de la libertad. En los recursos de estrategia empírica era pródigo el espíritu extraordinario del jefe superior Gregorio Luperón. Le secundaban honrosamente, de La Vega: Dionisio Troncoso, Antonio Caba, Basilio Gavilán y Tito Santos; de San Francisco de Macorís: Olegario Tenares, Santiago Mota y Pedro Royer; de Hato Mayor: Miguel Lovera. Además, los ya aludidos Manzueta y Adón, y J. H. Brigman, de raza alemana, más tarde fogoso e intransigente guerrillero baecista.

Como era de amplio y de difícil dominio el escenario así se creció la talla de Gregorio Luperón. El pelear no tuvo tregua. Todo era movimiento y un continuo arriesgarse en alguna acción, cuando no para triunfar, para privar de sosiego al enemigo, redundando ello en el auge de la moral del improvisado soldado patriota. El espíritu que imponía aquella condición daba el ejemplo el primero, despertando emulación en sus conmitones. Era más una modalidad suya que el resultado de un plan concebido por un general. Indisciplinado, todo lo hacía por sí, olvidado del gobierno superior de Santiago, pero lograba lo único verdaderamente conveniente para restarle medios de resistencia al enemigo. Las más formales batallas campales de la guerra se libraron allí. Arroyo Bermejo, San Pedro, Sabana del Vigía, Los Llanos, fueron crudas peleas donde se aprendió a disputarle el terreno al bien equipado y disciplinado soldado español, que gradualmente se fue concentrando a los puntos cercanos a la Capital. Santana en el Seibo, contrariado ya e incapacitado para la reacción. Juan Contreras cae en Maluco, y Juan Suero, la última esperanza española en la desesperación de aquellos campos, muere a poco de recibir una herida mortal en el cruce del río Yabacao, nombrado Paso del Muerto, en choque tenido con fuerzas bajo el mando de Luperón, su compadre y admirado muchacho, a quien confiara, por recomendación de Don Pedro Dubocq, una difícil misión a Joba, siendo Suero jefe militar de Puerto Plata por el año 1862. Trillando por rutas encontradas se juntaban estos dos héroes, para caer el uno, y levantarse el otro iluminado por la gloria

Era el séptimo mes de la campaña, y ya Luperón tenía la postura de héroe, actitud nacida en la manigua y exteriorizada desde allí para los demás días de su vida. El jefe poco respetuo-



so de las disposiciones superiores fue relevado del mando, pero siguió la guerra por cuenta propia, y, a su decir, en nombre de la patria. Tomó la ruta de San Cristóbal, Baní y el Maniel, pero encontró por allá el infranqueable obstáculo de Pedro Florentino, hombre crudo y enérgico, y poco acostumbrado a ser contrariado. Luperón tuvo que devolverse e ir a Santiago en calidad de arresto a responder de fundados cargos por desobediencia a las autoridades superiores. Su presencia en aquella ciudad no le acarreó ningún contratiempo, pues cuantos cargos se habían señalado quedaron desvanecidos.

Se le ve entonces con las manos en las cosas de gobierno, marcándole sus actos un valor de distinción como en los días cruentos del sitio de la plaza. Tenía en el momento la ciudad la importancia de capital de los patriotas. De ella irradiaban hacia todos los parajes de la República y parte del mundo, las providencias, planes y solicitudes salvadoras de la patria; y por necesidad del interés público se topaban por las calles orilladas de ruinas: hombres de la frontera noroestana, de la Línea del Sur, del Este y del resto del Cibao. Era admirable cómo por vez primera se ponían en contacto compatriotas de tan apartadas regiones, y al conjuro de un noble amor al terruño se reconocían hijos de una misma madre, sensibles al dolor de ella. Con todo, hacía falta algo: el entero abandono del interés personal en bien de la patria. Los personajes surgidos de aquella memorable empresa no estaban hechos de pasta nueva para que en ellos no tuviera asidero un vicio anterior a la nacionalidad, y en sus actos fuera de la guerra no olvidaban el interés personal, originándose de ahí la más nociva rivalidad entre ellos. En tan graves momentos infectaban con ese virus el organismo político, y los males que le sobrevendrían al pueblo dominicano desterrarían por largos años su sosiego y felicidad. Había, como era natural, excepciones, y entre ellas, y cuidado si al frente de ellas, estaba Gregorio Luperón. Vigilante y exigente, y por derecho que él se arrogara, se enteraba de todas las disposiciones gubernativas, y en teniéndolas por perjudiciales acudía a evitarlas o a enmendarlas. Reprendía a quienes mostraban el descaro de hacer abiertamente política partidarista, y sólo conservaba respeto para quienes procedían con la corrección u oficiosidad reclamada por la liberación del suelo patrio. Nadie se



atrevió a invitarle a participar en cosas ajenas a la causa común; por eso, en los cambios habidos con carácter de movimientos insurreccionales entre los patriotas, él no fue vencido ni vencedor. Gaspar Polanco derrocó al Presidente Salcedo, y la misión única aceptada por Luperón fue la de custodiar al caído Presidente hasta la frontera haitiana, donde debía entregarlo, en calidad de expatriado, a las autoridades del vecino Estado. Era el único hombre que en esas circunstancias hubiera podido garantizar la vida de Pepillo Salcedo. Pimentel y Monción cuando pretendieron arrebatárselo en el camino hubieran tenido que darle muerte junto con el prisionero. Comisión aceptada por él, no había poder humano capaz de hacer que la traicionara. Pedro Antonio Pimentel derrocó a Polanco y se formó una junta Gubernativa presidida por Benigno Filomeno de Rojas, y en la que tuvo Luperón las funciones de Vicepresidente. Este organismo actuó con entera libertad, no siéndole posible a Pimentel influir en sus decisiones. La sola presencia de Luperón en ese cuerpo, imposibilitaba la influencia personal, no sólo de Pimentel, sino de cualquiera otro personaje. Tanto fue así que, en cuanto Luperón estuvo fuera de la Junta, logró Pimentel poner las cosas en el sentido de su voluntad y aspiración, y no tardó en asumir el mando supremo del gobierno. Era el personaje de más significación de entre los surgidos de los campos noroestanos. En él se maridaban las características del político de oficio y la virtud del patriota, presto a sacrificar la vida si la libertad de la patria se lo reclama.

Meses después, el 11 de julio de 1865, se embarcaban las últimas fuerzas españolas, y a Pimentel, Presidente de la República restaurada, antes de treinta días se le caía el mando de las manos, deshecho por la impopularidad, se ha dicho, pero más propiamente fue la acción de los intereses regionalistas centrados en la ciudad de Santo Domingo de Guzmán, desasosegados mientras no volvieran a ver la sede del gobierno en aquella ciudad.

Antes de abandonar aquel escenario del pueblo dominicano, troquelador de hombres nuevos, conviene a uno de los objetivos del presente trabajo una postrera ojeada sobre el estado social.



Hecha la guerra sin recursos económicos, porque el pueblo no los tenía, la abnegación de individuos y familias, anónimos en su mayoría, suministraba el material para la lucha. La pólvora y el plomo vendidos por las tiendas como artículos corrientes, adquiridos por medios lícitos o ilícitos, se agotaron pronto, y unido ello a la destrucción de las únicas dos poblaciones comerciales, Santiago y Puerto Plata, se hizo extremosa la escasez de toda suerte de productos de la actividad comercial, inclusive las telas de vestir y de uso doméstico. El plomo de los alambiques y de cuantos artefactos y utensilios lo suministraban fueron aprovechados. Las piezas de dormitorio servían de tela para ropa de uso interior. Se requisaban catres para usar sus forros de lona en la confección de tacos. Un vaso, una pieza de cristal, veíase pocas veces, y quienes la tenían se cuidaban de conservarla en el fondo de algún viejo arcón, junto a las prendas queridas o recuerdos de familia. La ración del soldado era de doce centavos en dinero, y si había galletas de las de cuatro onzas de peso, aquel recibía seis centavos y una o dos galletas. Cuando estaba en campaña, la ración era un tasajo de carne de res vacuna o porcina, más plátanos, batatas, yautía o yuca. La hoja del tabaco y pieles de res vacuna era el único capital disponible para el pago de cuanto material de guerra se obtenía en la vecina nación haitiana.

En lo que iba de República no se había creado apreciable riqueza. Todavía no se había tenido tiempo de comprender que en el laborar aquellos fértiles campos estaba el secreto del primer paso seguro hacia la estabilidad del agregado social. Sin embargo, había la justificación de las guerras de la Independencia y el subsiguiente estado de inestabilidad político-social hasta caer en la Anexión. Las tierras vírgenes, ricas en pasto natural, servían para fomentar la crianza pero en la forma rutinaria de no gastar esfuerzo apreciable, dejando que el ganado realengó se reprodujera por sí solo, brindando a cambio de nada, como quien dice, el beneficio de manadas que un día de monteada recibían el distintivo de la señal del dueño. Debido a tal forma primitiva de subsistencia y riqueza, la región del *Macorí* no sintió los efectos de la guerra. Allí, hacia el litoral del Atlántico, no se peleó, y los vecinos ignoraron las estrecheces de sus hermanos del interior. En determinados bosques el ganado asnal se



hallaba montaraz y sin dueño. Por los caminos reales cruzaban piaras de cerdos que estorbaban el paso del viajero. Las extensas sabanas no podían ser atravesadas sin precaución, pues de entre alguna punta de ganado vacuno allí diseminado, salía un bravo toro que ponía en peligro la vida del caminante. La carne al detalle no se compraba ni se vendía; se le daba al vecino y también al forastero; y salada, se destinaba la mayor parte a los perros de la casa, lo mismo que todas las entrañas de la res matada. La manteca siempre estaba a la mano, en cántaros o calabazos. La leche se podía tomar como agua en un coco de higüero. Tal abundancia de alimento se recordaba después con el dicho popular de que fue el tiempo en que se “amarraban los perros con longanizas”. Campesino rico era el que poseía grandes monterías, y contaba los mayores por decenas. Más sudaba sobre la hamaca y el lomo de su caballo, que en labores de sus terrenos. Tenía desde luego queridas y enterraba onzas de oro que nunca más podía sacar, aunque se viese en la miseria. Vendía partidas de reses vacunas o porcinas, que los mayores recolectaban en día señalado, acompañados de perros monteros y un par de peones. Cuando a causa del progreso, que empezó con el primer decenio del siglo, se acabó esa dádiva de la naturaleza, y ya no fue posible la crianza sin cerca y el cultivo de pasto, tubérculo y cereales; los tenidos por antiguos ricos, empobrecieron, pues no concebían ni aceptaban que la crianza requiriese organización y trabajo para su desarrollo.

Expuesto lo que fue la Restauración y a la vez el carácter social que tuvo, habiendo ello servido de fondo para bosquejar la figura procera de Gregorio Luperón, se ha puesto así el basamento sobre el cual se ha de levantar la individualidad dominicana de mayor estatura y magnitud.

Cuando se trata del valor de los hombres en lo referente a su aporte a la creación, modelamiento y desarrollo de una nacionalidad, hay una escala cuyo plano primero corresponde a los fundadores o creadores. Con relación a ellos y para los fines de glorificación, la escala es descendente, porque ante todo está el dar la realidad. Pero hay otro valor que se sustrae a esa condición de pura relatividad; es netamente individual e intrínseco. Si fuera dable ponderar las almas, como las cosas materiales, ellas corresponderían a una variedad de pesas mediante las cua-



les se fijaría su peso específico. No posible tal operación en psicología, se puede, sin embargo, admitir la variedad de peso por el despliegue de la energía espiritual en el escenario de la vida. Un espíritu de ingente vigorosidad no basta por sí para dejar el hombre a su paso por la vida una estela luminosa, expresión humana de la inmortalidad; necesita poseer en dosis apreciable alguna virtud heroica; pues sólo ese generoso fermento alcanza a remover el fondo sin fin de las almas, poniéndoles alas para alzar el vuelo libre y glorioso sobre la rastrera vulgaridad. Un espíritu de esa clase en los pueblos civilizados da valores que evitables, culmina por encima de quienes como él se movieron en plano de preeminencia con justo título para ello.

Los Padres de la Patria no pertenecen a esa clase de espíritus a que me estoy refiriendo. En el grado de potencialidad de energía reclamado por la época para hacer triunfar los principios, se quedaban cortos. No fue la maldad de un grupo lo que los anuló al empezar ellos a manipular aquella realidad. El recurso para seguir adelante, encendida la antorcha de los principios, no estaba en sus manos. De ahí que puestos a un lado o arrollados para dejar paso al turbión de las fuerzas sociales triunfadoras, sin apremio alguno entrasen después a cooperar con sus opositores; no en categoría de su rango patricio, sino como cualquier personaje puesto en su verdadero sitio. Aquella actitud de los Padres de la Patria no los despojaba de su gloria, como piensan algunos; ella no más ponía de manifiesto la incompreensión en ellos de su verdadero valer. Junto con la prepotencia de espíritu para imponerse y dominar, les faltó la conciencia de la gloria. Pedro Santana, el producto de las campañas libertadoras, en vigorosidad de espíritu es lo más grande de una época; grande nada más que cuantitativamente; por eso no le fue dable la visión y comprensión de un ideal. Gregorio Luperón! He ahí el hombre que les hizo falta a los principios al culminar en la fundación de la República el 27 de febrero de 1844. Actor él en aquella memorable ocasión, no hubiera sido la hora o la época de Pedro Santana. Pero la ley que preside el evolucionar de los pueblos no se equivoca. Nadie está fuera de su época. Dentro del carácter y la deficiencia educacional del pueblo, el producto que era Luperón tenía que ser posterior a Santana, y éste y sus procedimientos, más aceptos a las multitudes



que los Padres de la Patria y sus principios. Gregorio Luperón tiene conciencia de la gloria, virtud que compromete los pasos del presente con las valorizaciones y dignificación de lo porvenir, colocado quizás más allá de la vida. Mantiene alerta el espíritu contra todos los medios capaces de contrariar o anular esa honra, tantas veces vana, pero necesaria como incentivo de los aspectos nobles de la vida. Puede ser egoísta y estrecha, y también amplia y generosa, concebida a manera de luz que ilumine a nuestros semejantes, a la humanidad. De esta clase era en Luperón. Le nació espontáneamente y a más temprana edad que a todos los personajes dominicanos. En los Padres de la Patria fue un sentimiento formado tardíamente, como un movimiento de reacción contra las durezas de la realidad social. De ahí la razón de no haber documentación auténtica sobre los trabajos preparatorios de la República, como si aquello hubiera sido una simple actividad sin importancia y en la que falta un actor consciente del valor futuro de aquellas gestiones. En las mismas campañas de la Independencia no se vió un espíritu que comprendiera la necesidad de transmitir a la posteridad la vida del momento. La documentación privada era tenida en concepto de papeles peligrosos por cuantas verdades pudieran revelar. En la Restauración, un joven que apenas cuenta veintitrés años, no deja perder una carta, y también conserva copia de cuantas escribe. Donde pisa o por donde pasa se entera de cuanto ocurre, y siendo actor de los más dinámicos, no le falta tiempo para ir tomando notas y enfocando el panorama general del escenario. De esa manera, como se vió en la acción guerrera al aparecido sin credenciales crearse puesto por sí, adquiriendo valor aceptado y respetado por todos los compañeros, en lo intelectual, donde tampoco tiene credenciales como las poseen Ulises Espaillat, Pedro Fco. Bonó, Benigno Filomeno de Rojas y otros más, hace lo conveniente y necesario, comprendido por él con más lejana mirada que los otros. Pero en esa lejana mirada piensa en ellos como nobles compañeros en el amor y sacrificio por la patria. La campaña de la Restauración tendrá para él el más alto valor y conferirá mayor preeminencia que cualquiera otra actuación del ciudadano en la vida pública. El prócer que hay en todo restaurador, él lo hará respetar como nadie. Todo ello unido a sus relevantes dotes que lo caracterizan de modo



singular, ponía de manifiesto al más eminente producto de la Restauración. Sin embargo, de haberse quedado ahí, sin rebasar el marco de restaurador, faltaría material en su vida, o más bien desarrollo, para someterlo a la prueba de comparaciones generales y definitivas.

Falta todavía acabar de considerar aspectos engendrados por la Restauración, primer crisol de su vida.

Las exigencias de la campaña barajaron a todos los patriotas en el trato personal, pero pasado el motivo que los ponía en contacto y comunicación, las relaciones personales volvían a su natural división en grupos, según tendencias, educación, actividades y comunidad de aspiraciones. Luperón quedaba ligado por los nexos de la amistad a Ulises Espaillat, Pedro Fco. Bonó, Máximo Grullón, José Manuel Glas, Belisario Curiel, Pablo Pujol, Casimiro de Moya y Alfredo Deetjen, que eran con Benigno Filomeno de Rojas, los principales hombres de entre los surgidos de la guerra libertadora, contados aparte los de armas. Más joven que todos ellos, pero los superaba como fogoso defensor de los principios. Campeón tan íntegro no lo había tenido el *febrerismo* desde creada la nacionalidad, con la virtud de coordinar la acción de la espada en una mano con la sustentación en la otra de las ideas de patria libre y sin mancilla. Será la postura dominante de su vida, y a la cual no le traicionará jamás. Baja a la arena de la política, y sudoroso y empolvado y asendereado en el tanto bregar, acepta todos los desafíos o retos, y cuando le vencen se yergue con más bríos a sustentar y a reafirmar la alteza de los principios aparejada al honor de la patria. El más alto campeón del *febrerismo* fue así el más consecuente con su orientación.

Todas las calidades asomadas en esa alma en plena floración juvenil, pero con carácter definido y original, desarrollarán en el decurso de los treinta años del pueblo dominicano siguientes a la Restauración.

Antes de seguir el curso de ese desarrollo, es oportuno decir una cosa. No labrado suficientemente por la educación aquel espíritu extraordinario, se quedó en cierto estado de crudeza que sirvió de asiento al temperamento; temperamento de pura violencia, de que se impregnaron las exteriorizaciones de sus dotes. Tal modalidad le dió un perenne gesto autoritario, como



en la pública, lo mismo en la vida privada. Y cometía actos de arbitrariedad, que no estaba en su mano evitar, pero que por tener la intención por encima de los estorbos del camino, era el primero en comprender y en adelantarse a cubrir con un manto de disimulo u olvido si se podía. A propósito de esa postura de arbitrariedad, incongruente al parecer con la de prócer, recuerdo a Eugenio Deschamps, ese gallardo justador del civismo. Por el año 1884, siendo director del periódico LA REPUBLICA, en Santiago, se hizo eco de un caso de atropello de Luperón en Puerto Plata, y lo fustigó duramente, como él sabía hacerlo. Años después estuvo a su lado, le trató íntimamente, y pasó a ser uno de sus más grandes admiradores. Ocasionalmente tuve acercamiento con un ilustrado señor que sintió odio por Luperón mientras lo combatía en ocasión de la revolución de Moya. En el ostracismo se encontraron y trataron, y reconoció seguido al gran patriota, a quien no pudo menos de admirar en lo adelante.

Y ahora seguiré las radiaciones de sus actividades para presentar el cabal desenvolvimiento de su vida en sucesivos y variados lances de acción y reacción dentro de aquel medio social.

EL GUERRILLERO. La guerra fue su oportunidad de entrar en la vida pública, y le quedó la función de los tiros como su ejercicio predilecto. Pero era éste el medio aceptado socialmente para imponerlo todo en la vida pública, inclusive los principios. Teniendo en sus manos la cosa pública los hombres de la Restauración, nació un movimiento en favor de Buenaventura Báez a los pocos meses de restaurada la República. Todas las poblaciones, unas tras otras, y con ellas la mayoría de los nuevos libertadores, se adhirieron al movimiento. Luperón, aunque solo, protestó, y puso en armas la comarca de Puerto Plata. Finalizaba el año 1865. Después de un rápido combatir, Miguel Lovera a la cabeza de los *rancheros*, campesinos puertoplateños, entró arrollador en la ciudad, y Luperón tuvo que embarcarse para las Islas Turcas. Mas, no tuvo el gobierno de Báez sosiego. La fracasada protesta de Luperón fue comprendida por los compañeros de la guerra libertadora, y en Puerto Plata precisamente, con la cooperación del gobernador Manuel Rodríguez Objío se dió el golpe inicial de la revolución, desembar-



cando allí Luperón. Pasó adelante, y con gesto de impulsión incontestable, arrolló en la Cumbre, y recibido en Santiago, quedó de frente al gobernador de Moca, que le exigía reembarcarse, o si no fusilaba al ministro de lo Interior y Policía Pedro Antonio Pimentel, a quien tenía preso junto con su estado mayor, por haber traicionado la misión que le confiara el Presidente Buenaventura Báez. Sin vacilar marchó Luperón a Moca, sabedor de que se las había con el corajudo Juan de Jesús Salcedo. Fue un duelo memorable entre los dos hombres considerados más valerosos de la República, formados en la Restauración. Se encontraron en mitad del camino real que iba de Santiago a Moca. Ambos bandos, con la concentración de dos gladiadores, forcejean por dar un paso de avance dominante, pero quedan por un rato equilibrados en empuje. Se suceden alternativas de predominio, en una de las cuales cae Heureaux prisionero, pero se escapa, gracias a su pasmosa agilidad. La tropa de Salcedo empieza a ceder el terreno, y se retira a Moca paso a paso. El jefe va herido, pero batiéndose hasta granjear las calles de la población, donde se desploma. Luperón manda al oficial Guelito Pichardo atender al herido, luego de hacer desviar la puntería de Heureaux, que iba a poner fin a la vida de Salcedo. Luperón exclama: "es un hombre que hay que salvar por su heroísmo. . ." Libertados los prisioneros, destacó tropas a San Francisco de Macorís, que no tardó en rendirse, y dispuso que Pimentel, como jefe de operaciones, marchase a la Capital, donde a poco capituló el Presidente Báez.

Este movimiento fue el creador del Triunvirato, formado por Luperón, Pimentel y Federico de Jesús García. Acabó pronto el Triunvirato para llevar, por iniciativa de Luperón, a José María Cabral a la Primera Magistratura. Ese gobierno duró hasta el año 68, y lo derrocó el bando baecista. Se iniciaba el período de los seis años, y Luperón, irreconciliable enemigo de Báez, no tenía otro camino que el destierro. En ese lapso, pasado entre conspiraciones, ataque de prensa y el pelear en campos de la Línea Noroeste y otros puntos de la República, escribió con la espada el guerrillero las más emocionantes páginas de su vida. Acaso ninguna fue como la marcha al frente de cuarenticinco hombres el año 1871, iniciada por las lomas de Capotillo. Un héroe cada hombre, atraído y dominado por el mágico poder de



un espíritu superior, sumaron una sola fuerza con un solo aliento, resuelto en un solo heroico impulso. Ocupados lugares y caminos por tropas aguerridas y bien equipadas del gobierno, estaba descartada toda finalidad de triunfo en los invasores. Moviales un gesto caballeresco de sacrificio ante la inminencia de perderse la soberanía nacional. Bajaron de la loma, serpentearon los caminos abriéndose paso entre columnas enemigas, en puro alarde de valentía. Iban cayendo, pero pesadamente como colosos que se hacían pagar cara su vida. Severo Gómez fue el primero de los paladines en el sacrificio de la vida; y la última víctima Manuel Rodríguez Objío, caído prisionero, falto de vigor físico para resistir aquella jornada. En un esfuerzo supremo pasó Luperón a la retaguardia a batirse él solo, mientras afanosamente instaba a Rodríguez Objío a correr y ponerse a salvo; pero éste, ya extenuado se abandonó al infortunio.

Ignacio María González Presidente de la República pasado el régimen de los seis años. Luperón en Puerto Plata ya es señor a quien apoyan los principales hombres de armas en el distrito. El Presidente le teme a su prestigio, y una orden de prisión suya queda sin efecto luego de ser destrozada una tropa que fue a casa de Luperón a prenderle.

Don Ulises Espaillat en la Primera Magistratura de la nación. Amenazado el gobierno por una revolución en el Cibao, se traslada el ministro de guerra Luperón a Puerto Plata, a dirigir desde allá las operaciones. Nada impide el crecimiento rápido del movimiento, y la plaza quedó cercada por más de mil hombres durante algunos meses. Se peleó día y noche, pero la plaza no pudo ser tomada por los insurrectos. Era obligatorio desalojar al enemigo cuantas veces llegaba a las afueras o entraba en las calles. Cuando no le tocaba a Heureaux ejecutar esa orden, iba el mismo Luperón. Fue tan suya la resistencia, que el fuerte temporal del trece de septiembre del 76 que asoló el Cibao entero se le llamó en Puerto Plata la *tormenta de Luperón*. De tres goletas cargadas de puertoplateños enviados en expedición de guerra a la costa nordeste, naufragaron dos, y la tercera arribó desmantelada a la isla Inagua, de las Bahamas. Aquella ciudad, que para lo heroico ha sido fecunda, dio a esa lucha el holocausto de una florida juventud.



Otra vez al destierro con la caída de Espaillet, pero ya el guerrillero, con un sable que es el primero en la República, más mandará y se impondrá que participará en la acción guerrera. Para eso ya está hecho Heureaux, crecido a su lado después de la Restauración, y dotado para suplirle ventajosamente. Concorre de esa manera Luperón a los posteriores derrocamientos de los presidentes González, Báez y Guillermo, y también preside el gobierno provisional establecido en Puerto Plata el año 1879.

El 86 sigue viendo en Heureaux al mismo pasado por la Primera Magistratura el año 82, y le ayuda dando disposiciones como Delegado del Gobierno en el Cibao, y se vuelve en Puerto Plata insuperable obstáculo para la radiante juventud insurrecta, necesitada de un buen cabecilla. Después, queda en Heureaux, como herencia, todo el prestigio del guerrillero. Pero convertido aquel en un detentador del poder, no hay ni puede haber espacio para Luperón en la República.

Las conspiraciones de los desterrados logran culminar en la insurrección llamada de los *bimbines*, el año 1893. Conciliáronse los más encontrados elementos: Ignacio María González, Casimiro Nemesio de Moya, Pablo López Villanueva, Horacio Vásquez, Eugenio Deschamps, Pablo Reyes, Agustín Morales; y reclamaron para la dirección de las operaciones a Gregorio Luperón ya veterano, y general por antonomasia. Este acudió a tierra haitiana para llenar su cometido, pero el gobierno le negó el asilo y apoyo prometido. Terminó ahí la manifestación del guerrillero. Su manera en esa actividad no era quizás la mejor. Planea en un instante y ejecuta seguido, a base de puro valor. Cae sobre el enemigo como rayo exterminador que va derechamente. No es fuerza que aguarda para moverse las oportunidades señaladas por la malicia o la estrategia empírica.

EL POLÍTICO.— Hay un modo de actividad en la vida pública que es un constante laborar para sí, apartándose intencionalmente el individuo del interés común. El empleo es una como presa de quien le desempeña, que, de grado, no soltaría nunca. Deriva de ella la placidez de una existencia fácil y comoda, reñida con el esfuerzo, el sacrificio y la responsabilidad, que deben ser constante norte de acción en quienes sirven a la comunidad. Servirse de la cosa, en vez de servir para hacerla



socialmente útil, es la divisa. Viciosa desviación de la democracia, que pone a fermentar los bajos sedimentos del espíritu, de donde saca el arte de la intriga las cuerdas de su malla, a expensas de la vergüenza y el honor. No es el curso de esa clase de política el proporcionado por Gregorio Luperón. Esa política fue precisamente el tormento de su vida pública, teniendo que fustigarla y combatirla en el tono acre de su manera temperamental. La política en él era lo que debía y debe ser: acción canstructiva, empeñada en remover y poner en marcha las fuerzas potenciales del organismo social para modelarlo y estabilizar su existencia, siendo ello la condición primordial para asegurar la felicidad de los asociados. Entendida de esa manera la política, el mando es condición transitoria que pone en las manos una pesada carga, para devolverla mejorada como satisfacción y orgullo personal. En lo dicho he glosado al margen de la ideología política del dominicano que desplegó la más extensa acción civilista, y tuvo el más elevado concepto de la libertad, no en sentido pasivo, sino dinámico.

Dentro de la desorientación general ofrecida por las actividades públicas del pueblo dominicano a raíz de consumada la Restauración, los importantes hombres nuevos no aquejados de ambición, y cuenta que eran pocos, se consultaban sobre los medios adecuados al encauzamiento ordenado de la República por vías de progreso. Se dolían de la incomprensión del interés nacional revelada por los políticos, casi todos patriotas de la última etapa. Figura central, porque a él iban de preferencia los lamentos, era Gregorio Luperón. Se respiraba ese estado de incertidumbre cuando nació y se propagó rápidamente el movimiento en favor de Buenaventura Báez, desligado enteramente de los hombres de la Restauración. Sin embargo, estos mismos lo apoyaron y siguieron. Luperón representó inmediatamente la orientación opuesta, si muy reducida, de valor efectivo como expresión de las ideas liberales y avanzadas que asomaron en el nacimiento de la República y se vigorizaron en la Restauración. Así que, viéndose al principio casi solo y obligado a tomar el camino del destierro, cuando retornó a los pocos meses a encabezar la revolución contra Báez, se encontró con la facción crecida con quienes naturalmente debían formarla, los de la Restauración.



La revolución de los triunviros deslindó pues en dos bandos el campo de la política. El ¡Viva! de los triunviros fue el primer grito pasional que pobló el ambiente político. Tenía la intención de reto lanzado al reaccionarismo de los anexionistas. Tomó la divisa azul, la cual pasó a ser el nombre definitivo de la bandera.

El gobierno transitorio del Triunvirato no tuvo un desenlace fatal, porque Luperón, el de más talla de los tres, en presencia del embrollo armado por la ambición de los compañeros, se impuso, cortó por lo sano, e hizo de manera que José María Cabral fuese electo Presidente de la República.

Tenido Luperón por el prohombre del partido azul, no fue, sin embargo, su cabeza o caudillo; a pesar de que tuvo esa creencia, sin desplegar la actividad requerida para ello. Caudillo no lo fue, ni lo sabía ser quien despreciaba el mando. Lo despreciaba porque se conocía a sí mismo, y sabía que para realizar su ideal de gobierno, el carácter suyo, hijo de los campamentos, apelaría inevitablemente a la violencia, pues no otro medio aceptaba para ser conducida la natural indisciplina del dominicano, de que él mismo era un acabado tipo. Pero no queriendo asumir aquella para él sagrada responsabilidad, y puesto a la vez en el caso de no poder eludirla en cuanto al deber de político y de patriota, satisfacía ese compromiso y aspiración arrogándose el papel de guardián, nada menos que exigente, de los sagrados intereses de la patria, reclamando la acción gubernativa para todo impulso de progreso, o interviniendo también en casos de violación de las libertades públicas del ciudadano. El Presidente Cabral fue el primero a quien le tocó sentir la acción de aquel control. Era época de frecuentes anomalías, por las deficiencias del medio y la necesidad defensiva del gobierno; así es que a Luperón le sobraban motivos para tener a menudo altercados con el Presidente.

El régimen de los seis años, en manos de sus enemigos, a su parecer también de la patria, no tuvo más tenaz combatiente. Cuando regresó al país, el Presidente era Ignacio María González. Residía en Puerto Plata, donde Eugenio María de Hostos tuvo su apoyo para publicar la revista LAS DOS ANTILLAS, notable por ser de quien era, y por la noble campaña que sostenía en pro de la libertad de Cuba y de Puerto Rico. Para un



gobierno hay intereses internacionales que está en su conveniencia no lesionar. Para Luperón, en tratándose de la libertad de un pueblo, no había interés político digno de serle sobrepuesto. El gobierno prohibió la publicación de la revista, y ya éste fue el principio de su caída. . . Funcionaban en las principales ciudades del Cibao sociedades políticas con el nombre de LA LIGA DE LA PAZ. En apariencia las animaba un espíritu de política de principios, pero íntimamente las impulsaba la desafección al gobierno. El fundador y animador de esas instituciones, Manuel de Js. de Peña y Reynoso, comulgaba con la política de Luperón. Fue éste agredido a tiros por gente del gobierno, y ahí se tuvo el pretexto del rompimiento; y González, acusado ante las Cámaras, acabó por renunciar. En los años siguientes, a excepción del tiempo en que estuvo Báez otra vez en el poder, afluyó a Puerto Plata una numerosa inmigración cubana, no faltando entre ellos héroes de primer rango como Antonio Maceo y Paquito Borrero, plenos de confianza en el hombre que los amparaba. Nadie en la República Dominicana se atrevió a tanto. El gran Antonio Maceo, en carta escrita desde uno de los países de su peregrinación, recordaba con elogios al amigo de la libertad cubana Gregorio Luperón.

Con motivo de la quijotesca actitud de este notable dominicano, es oportuno recordar que las autoridades españolas, de manera formal, en una entrevista tenida en Puerto Plata, se atrevieron a proponer la entrega de los conspicuos exilados cubanos a cambio de ex presidentes desterrados y de dinero. La oferta fue rechazada con corteses maneras no habitadas por Luperón en tales casos. Se concretó a reafirmar la calidad de su honor incorruptible. Precisamente, esos mismos protegidos suyos habían sido causa del pronunciamiento del mes de octubre del año 1879 contra el gobierno presidido por el general Cesáreo Guillermo, y de donde nació el gobierno provisional encabezado por Luperón.

Serías contrariedades sufridas por él y el partido azul desde hacía diez años, y el mismo incidente de los emigrados cubanos, le decidieron retener en sus manos, con carácter transitorio, la presidencia de la República, atento, desde luego, a afianzar la bandería. Es bueno ver en el poder a quienes predicán en nombre de los principios, para comprobar si son sinceros. Com-



prendió lo primero, que todo gobierno de la época, aun con el mejor programa civilista, no podía dejar de lado el problema de la fuerza, base de su estabilidad. Dió un decreto estableciendo la pena de muerte para quien tratase de subvertir el orden legal establecido. Una pifia para la pureza de los principios, y una inconsecuencia en él, que se había pasado los días más azarosos de su vida atenazado por esa garra. Ahora creía en su eficacia. Era que a pesar de sus empeños civilistas, no podía, siendo hombre de armas, evadirse de lo que era enteramente propio de la época. El Padre Meriño repitió a poco esta inconsecuencia, y tocó el extremo de ejecutar lo decretado. Luperón instituyó el servicio militar obligatorio, pero creó una escuela para cada batallón, a fin de que los militares aprendieran a leer, escribir y contar. Pero el hombre de armas no pasó de ahí, y se puso frente a los problemas del pueblo con la alta comprensión de un estadista. Todo laboriosidad, como no podía dejar de serlo, en teniendo a su cargo cualquiera misión, atendió a cuantos reclamos del interés público llegaron a él. Se fue a la práctica de los medios impulsores del progreso social, y creó juntas de artes y oficios en los municipios, con mira al incremento industrial. Hizo instituir juntas de agricultura en cada cabecera de municipio, para facilitar la adquisición de tierras y los medios de cultivarlas. Estableció subvención para los periódicos publicados en el país y para los autores de obras nacionales el veinticinco por ciento de los gastos de impresión. El Congreso Nacional no tuvo trabas; fue dueño de sus deliberaciones. Lo mismo pasó con la Convención Nacional que elaboró la Constitución promulgada en mayo del año 1880. A Puerto Plata, residencia del Poder Ejecutivo, acudió una multitud de personas honorables de toda la República, a someter a la consideración del Presidente cuestiones de política, pero política social, no de intriga, que bien sabido se tenía todo el mundo lo inabordable del hombre por ese lado.

No por provincialismo dejó en Puerto Plata la residencia del Ejecutivo, sino por aversión al ambiente de intrigas propio de la Capital. Lo respiró el año 66 cuando el Triunvirato, y juró vivir eternamente alejado de su contacto. Sin embargo, el núcleo de la juventud idealista e ilustrada de la Capital lo admiraba. Con el poder en las manos y respaldado por la mayoría,



que lo era ya el bando azul, escogió legalmente al Padre Meriño para reemplazarle en el mando. Dentro de la facción, buscaba al hombre más adecuado a la continuación del organizado estado de cosas implantado por él. Declaraba sinceramente no poseer el lustre cultural requerido para seguir encaminando al pueblo por el sendero de su verdadero y alto destino. Estando la nave del Estado en manos expertas, le pareció llegado el momento de irse a Europa a ver de cerca y a vivir la civilización, con el fin, no de recrearse sino de ampliar las actividades internacionales de la República y estudiar métodos apropiados a la explotación de sus recursos naturales. Se le confió el cargo de ministro plenipotenciario cerca de las principales cortes del continente. Una representación de esa calidad en la persona de quien hacía de la República una entidad con fisonomía propia y dueña de su destino, fue la primera que tuvimos. Ostentó el mismo aire altivo inseparable de su persona, y cuantas oportunidades se le presentaron las aprovechó para exaltar las glorias de la patria. Las personalidades con quienes tuvo contacto, especialmente personajes de las cortes y estadistas, dispensaban su buena acogida al héroe de una guerra libertadora contra la monarquía española. Y Otto von Bismark, que, tras de concederle una audiencia, no le pudo recibir, por haber tenido la repentina necesidad de ausentarse, le dejó como grato recuerdo la pluma de fuente de su uso personal. La inmigración y mercados para los productos agrícolas de la República fueron de los temas preferidos en los países visitados.

Desde allá inclinó la balanza de la opinión pública en favor de Ulises Heureaux como candidato a la Presidencia de la República el año 1882. Sentía el orgullo de quien contempla en sus legítimos herederos la prolongación de las cualidades constitutivas de los motivos de preeminencia personal. Cuando finalizaba ese período de Heureaux estaba Luperón de regreso en el país. La sucesión de gobiernos era normal, dentro del partido azul, monopolizador entonces de la máquina política. Pero entre sus elementos había plena libertad de aspirar a la Primera Magistratura. No existía un caudillo, amo y dispensador único de la Presidencia. Corría el año 1884. Los aprestos para las nuevas elecciones nacionales fueron una manifestación de avance, la más apreciable en la lenta y escasa evolución tenida por el



civismo hasta esos días. Y eso que no estuvo exenta de exclusivismo, pues los baecistas o rojos estaban pasivos, faltos de asidero. Las elecciones nacionales del 80 y el 82 se resintieron de temor al enemigo, y hubo en ellas su buen poco de espíritu de fuerza vigilante, dispuesto a imponerse en caso de peligro. Las que ahora, en el 84, se iban a efectuar, contaban con un ambiente libre para escoger y discutir candidatos. La instalación de un comité prendía indescriptible regocijo en cada bando, que miraba en ello un recurso más para la consecución del triunfo. Los empleados públicos se resolvían por el candidato de su simpatía. Se conquistaban adeptos hasta en los recintos militares. La prensa era tribuna abierta a todas las discusiones de principios. Moya y Billini, los candidatos contendores, reunían cada uno por sí las mejores calidades requeridas para la formación de un gobierno ejemplar. Había en ellos juventud, lustre cultural, comprensión de los problemas nacionales, y elevado concepto de la misión de un gobernante.

Luperón se declaró por Moya; sin embargo, éste fue vencido. Ulises Heureaux, más conocedor del medio que Luperón, y que en sus adentros se reía ya del prestigio de su antiguo jefe, se tiró a la calle como quien dice, y sacó triunfador a Billini. Moya vencido quedó satisfecho, esto es, a la altura del civismo prevaleciente en la campaña electoral. Dos años después, el 86, se presentó la ocasión del desquite en unas elecciones de atmósfera no tan despejada como la anterior; y del fracaso de Moya pasó éste a la protesta armada. La juventud del 86, fautora de la revolución, repudió a Luperón y le hizo blanco de duros ataques. Ella no quería verle amigo de Heureaux, pero la diplomacia de éste, que aun no había sacado afuera las garras, daba para suavizar y engañar a Luperón. En los momentos de las acriminaciones hubo jóvenes que señalaron el peligro para la causa de enajenarse a Luperón, pero tal insinuación fue despreciada.

Iniciado el régimen de Heureaux, imaginado por Luperón como suyo, no tardó éste en arrepentirse; pero ya era tarde. No se podía desandar el tiempo y los acontecimientos para crear otro desenlace o finalidad. Se caía en los efectos inevitables de una ley desenvuelta al través de fenómenos sociales y políticos, a los que el mismo Luperón, a pesar de la mira y la intención



altas, había en parte concurrido. Rabia, grita y protesta, pero nada más le queda un camino expedito: el ostracismo. ¡Cómo le duele habersele vuelto un monstruo terrible aquel orgullo de sus campañas de guerrero! Pero no hay cuidado, dice: “lo arrojaré del poder a balazos a ese bellaco opresor de la patria querida...” Conspira y busca los medios de organizar expediciones; cosa menos fácil ahora. Ante los obstáculos insuperables se consagra a una intensa labor de prensa contra la tiranía primero, y luego a la terminación de su obra histórica acerca de la República Dominicana desde la Restauración. De la espada a la pluma. Una y otra son caminos de la gloria. Sobre ese plano luminoso irguió la frente Luperón merced a la espada. La pluma fue un complemento, no para impulsarle tan alto, sino para dejar trazadas las proyecciones de su espíritu sobre el sinuoso sendero triunfalmente recorrido.

El político es el título de este aspecto que he venido considerando. Le recuerdo porque acabo de aludir a la obra NOTAS AUTOBIOGRAFICAS Y APUNTES HISTORICOS SOBRE LA REPUBLICA DOMINICANA. En ella está vaciado y ampliamente desarrollado su concepto de la política como ciencia de gobernar y hacer felices a los pueblos. Concepto vivido en la práctica y no acariciado en teoría, a pesar de haberlo aprendido en los libros. En eso y en los aportes a la posteridad histórica, se queda solo, es único entre nosotros.

EL PATRIOTA.— El sentimiento de amor a la patria le puso a volar tempranamente hacia las alturas. Fue un motivo de aliento para toda la vida, con la particularidad de que tuvo influjo preponderante sobre las demás exteriorizaciones de su alma. Para él, nada más sagrado ni más grande que la patria. En mirándola en peligro o deshonrada, se le agigantaban las potencias espirituales, y su verbo, hecho para dominar, subía de grado en fuerza de atracción. Esa postura fue la más intensa vocación de su espíritu.

La vida de libertad iniciada con la Segunda República debió haber sido un llano y firme caminar hacia la reafirmación de la conciencia colectiva como expresión de un sentido claro y preciso de la nacionalidad. Mas no sucedió así. Los desatinos de quienes acababan de aprender el valor de la libertad, daban claras muestras de incomprensión de la verdadera finalidad de



la vida social. El sentido de la nacionalidad estuvo en crisis, sujeto a las variantes de cosa inestable. Entre la minoría de selección, núcleo indispensable en todo agregado social, se erguía un personaje de mayores proporciones que quienes le rodeaban. Era el producto máximo de la Restauración, elaborado con la más nativa materia prima del pueblo como necesidad presente y futura de la integridad del mismo pueblo. Había patriotas, pero como Luperón, ninguno tan apasionado, exigente, escrupuloso, dinámico y combativo.

El bando anexionista, que no debió existir después de la campaña restauradora, fue una realidad, y hasta conquistó la voluntad de la mayoría del pueblo. Una ceguera de incompreensión contra la cual se jugó Luperón la vida incontables veces, ocasionándole por añadidura sus mayores odios personales. Los anexionistas fueron sus enemigos irreconciliables, y los restauradores o patriotas, personas privilegiadas en cuanto a merecer la mayor honra de la sociedad. Por el patriotismo entendido y vivido así, combatió sañudamente a Báez; no le concedió valer alguno a Gautier; reprendió a su compañero de armas José María Cabral; y tuvo rozamientos con González y con Guillermo.

Uno de los rasgos de superioridad moral en un espíritu es la ausencia de la envidia y el odio para juzgar a otros de la misma actividad y con quienes se estuvo en abierta oposición, o fueron compañeros de la misma causa. Para lograr esto hay que vencerse a sí mismo, y puesto en plano de ecuanimidad, pasar por alto los rasguños, punzadas y heridas granjeados en la lucha de los intereses humanos. Gregorio Luperón pasa por el único dominicano entre sus contemporáneos de la vida pública, que experimentó satisfacción y honra en dar a conocer a la posteridad los hombres de aquel escenario, moviéndole por sobre todas las consideraciones un espíritu de justicia. Sólo él nos habla de amigos y enemigos, sin que los pecados de unos y otros queden aplazados para que la posteridad se encargue de juzgarlos, como dicen a veces por ahí, y tampoco omite las virtudes negadas u olvidadas. Sobre Pedro Santana, a quien odiaba por principio, escribió el juicio más sereno y equitativamente ajustado al valer efectivo del personaje. Toda una generación careció de libertad de espíritu para juzgar sin odio a ese personaje. Y al presente, cuando la siguiente generación lleva rebasado el



meridiano de la vida, los espíritus que sin ataduras de prejuicios heredados o impuestos educacionalmente se ponen a precisar el valor intrínseco del hombre en su escenario, coinciden con Gregorio Luperón. Las cosas y personas de valer las miraba con sentimiento de dominicano. Por lo mismo, eran suyas, y como tal las defendía y ponía en alto.

FACTOR RACIAL.— En el suelo dominicano y dentro de la actividad predominante en la vida colectiva, el factor racial fue elemento de valor efectivo en el desarrollo de las individualidades. La pureza de raza no fue propicia a la exteriorización cabal de una vida. En el blanco faltó la energía propia de la superioridad de adaptación del criollo. En el negro hubo la intensidad de energía, pero faltó la luz del ideal, que pone alas en el espíritu y forma una amplia comprensión de la vida. El tipo de cruce racial fue el único que sirvió de conducto para las mayores potencialidades individuales. Parece haber en ello algún influjo o reclamo de las condiciones mesológicas, hijas de los trópicos. Ese tipo de cruce es el que aporta la mejor calidad de hombre criollo, de la misma correspondencia vital con el suelo que el fruto con el árbol de cuya savia forma sus tejidos y jugos.

Luperón pertenece a ese tipo. La escuela del mundo, la vida, fue su educador o modelador; obra gradual que el incentivo de la siempre llameante aspiración fue cincelandó. A este propósito es del caso recordar la sorpresa que causó en Puerto Plata el año 1874, a raíz del derrocamiento del Presidente Buenaventura Báez. Pasaba para Europa en un buque inglés que hizo escala en el puerto. Llevaba seis años fuera de la patria, empeñado en la árdua empresa de combatir a Báez. Sus compueblanos, admiradores y amigos, le agasajaron con una serenata a bordo. Mientras discurría la fiesta, Luperón, con la entusiasta cooperación de la oficialidad del barco, fue todo cumplimientos y atenciones para los festejantes, poniendo en sus maneras el aire aparatoso que le era habitual. Pero nada impresionó tanto como su despejo y soltura en la conversaci^ón, cuando no en inglés, en francés, tenida, acaso intencionalmente, con el capitán del buque o con pasajeros franceses. El periódico LA VOZ DEL PUEBLO, de aquella ciudad, que reseñó el acto, exclamaba: “¡Lo que se adelanta en la escuela del ostracismo. .!” El Lupe-



rón conocido el año 68 al iniciarse el régimen de los seis años, no contaba todavía con tan apreciable recurso, adquirido a impulso de los reclamos de la lucha a que estuvo entregado en cuerpo y alma. El mismo escribir e ilustrarse sobre cuestiones sociológicas y de historia general, fue también adquisición del destierro.

Siguiendo un curso ascendente se han recorrido las exteriorizaciones predominantes de una individualidad en relación con el escenario social que la engendrara. El punto culminante es un vértice a donde van a parar todos los senderos recorridos. En ese punto de concurrencia, expresión sintetizada de la unidad de una vida, se descubren como primitivos móviles: la pasión de la guerra, el concepto del honor y la ambición de la gloria.

Tomado en la totalidad del ser, la condición general de superioridad se puede resumir como sigue:

Primero: Vigorosidad superabundante de espíritu y de cuerpo.

Segundo: Un ideal de patria destacándose sobre el de libertad como uno de los móviles impulsores de la humanidad. Consecuencialmente: nobleza de intención en el fondo de la incesante actividad reclamada por la moldeación y progreso del organismo social.

Tercero: Espíritu independiente, sincero y abnegado.

Cuarto: Comprensión y amor de las cosas criollas, de cuyas cualidades y deficiencias era un acabado reflejo.

En Puerto Plata. Es el año 1883. Cualquiera tarde diáfana en aquella ciudad de ambiente luminoso, se veía transitar por las calles, en son de paseo, a un par de hombres. El uno encorvado al peso de los años, la piel mulata arrugada, el pelo grisáceo, el paso inseguro, los ojos vidriosos y la mirada cansada, como asomada al sepulcro. Se llama Pedro Eduardo Dubocq. El otro le hacía compañía y platicaba, llevándole del brazo. Era alto, de porte arrogante y en plenitud de virilidad, que contrastaba notoriamente con la figura del anciano. Su nombre: Gre



gorio Luperón. Ya en lo alto, granjeados los honores con que soñara en los años adolescentes, llevaba del brazo a su protector, cercano para éste el fin de la vida. En el corazón del héroe ardía incesantemente una llama votiva por el hombre que le proporcionara a tiempo los medios de hacer lumbre para iluminarse por los cruzados senderos de la existencia. De todo **ello** queda una perenne lección, que es el triunfo del ideal.

Santo Domingo,
junio 19 de 1963.

